

la parálisis del nervio facial

que ser— la arquitectura del siglo XX, sino que se daba por antonomasia la construcción que esa fecha límite de dos siglos —1900— había realizado. Que Gaudí no es el arquitecto del siglo XX, a pesar de todas las soluciones parciales que aportó, lo prueba la arquitectura misma del siglo XX, realizada toda ella bajo el imperativo de una racionalización —casi siempre plana, diédrica y ortogonal— de los límites espaciales en que la arquitectura consiste. Y no hay que pedirle cuentas a la arquitectura que fue en nombre de la arquitectura que pudo ser, pues los hechos históricos son inapelables. Gaudí no trascendió a su tiempo: trascendió a la arquitectura.

En efecto, Gaudí es, a pesar de sus dimensiones colosales, un hombre del «modernismo». Pero la diferencia con los hombres de su generación estilística consistía en que, mientras éstos hacían del organismo arquitectónico una ornamentación, Gaudí hizo de la ornamentación un organismo. Sus volúmenes —sus límites espaciales— se negaban a detenerse allí donde quedaba realizada su pura función limitativa y, aun después de definir el vacío correspondiente, seguían el impulso de su propia inercia continuativa, generando curvas encadenadas, como esas formaciones o coralinas que continúan las curvas de su construcción aun después de tener ya realizado un vacío interior, habitable por el molusco correspondiente. Pero como en ellas, en la arquitectura de Gaudí la hipercurvación que hendía el vacío después de definir a un espacio interior, no era un agregado, no era un adorno, sino estaba ligada por los sutiles nervios del «organismo» a la primera piedra o a la primera semilla germinadora de la edificación. Naturalmente, una arquitectura de Gaudí, en tanto que arquitectura, define, sí, a un espacio interior, a un vacío; pero un volumen de Gaudí —su negativo, lo que al margen de su definición de espacio interior «se ve desde fuera»—, si bien establece puntos de referencias en el vacío ya no define al espacio sino que, al contrario, se deja definir por él. Ahí es donde Gaudí trasciende su condición de arquitecto; ahí es donde entra de lleno en los dominios del escultor.

Le Corbusier dijo, en efecto: «Es el constructor de 1900». Yo me atrevería a añadir: «Es el escultor del siglo XX». Esa es una afirmación que quedaría corroborada por toda la evolución posterior de la escultura: lo que en él es investigación parabólica de los huecos, se convierte, desde hora muy temprana, en la investigación sistemática de Naum Gabo y de Antoine Pevner; lo que en él es, en sus aditamentos propiamente esculturales —las chimeneas de la «casa Milá», los pináculos de la «Sagrada Familia»—, modelación de vacíos interiores, se convierte, desde las experiencias de Pablo Gargallo, en uno de los horizontes optativos más peculiares de la escultura contemporánea. Gaudí es, por eso mismo, un arquitecto de la escultura sin dejar de ser un escultor de la arquitectura. De ahí el goticismo, implícito en toda su obra y casi explícito y deliberado en el «Palacio episcopal de Astorga» y en el «Templo de la Sagrada Familia», de Barcelona.

Por ser un hombre con el goticismo metido en la entraña era «un hombre de su tiempo», y por ser un hombre de su tiempo era un «modernista». Concurrían en él, acaso de manera no deliberada, todas aquellas inclinaciones hacia las zonas más nocturnas del goticismo misterioso que notamos en personajes, tan de finales del siglo XIX, como Louis Courajod, Viollet-le-Duc o John Ruskin. Igual que un constructor de catedrales, no concebía la compartimentación de las artes que se dio en la construcción occidental después del Renacimiento. No es que, con esa pretensión tan típica de un sector de la arquitectura de hoy, presupuestase una supeditación de las artes a la arquitectura, sino que, como un hombre del gótico, concebía al ornamento como estructura y a la escultura como vértebra de la edificación, sin dejar de considerar por ello al edificio como una especie de suma escultórica. Suma escultórica, pictórica y artesanal, pues ni el cromatismo, ni la forja, ni las otras tareas manuales dejaron nunca de ser objeto de su atención más minuciosa. Pero el goticismo no era en Gaudí, como podía haberlo sido en Ruskin o en Courajod, una adquisición cultural, sino que le era naturaleza. No se sabría distinguir muy bien si fue un ferviente católico por ser un ferviente gótico, o al revés. De cualquier manera, cuando se afirma de él que «fue un hombre de su tiempo», la frase queda colgando, como a la espera de un punto de apoyo más efectivo: el tiempo no es nada si no habita en algún lugar. Quiero decir que Gaudí fue un hombre de su tiempo en Cataluña, precisamente en Cataluña, una tierra, como tan bien nos ha hecho ver Ciriaco Pellicer en «Picasso antes de Picasso», que, por la época de Gaudí, todo incitaba a la búsqueda de una sensibilidad misteriosa, nocturna, medievalista, gótica, en una palabra.

Debemos felicitarlos los habitantes de Madrid por esta magnífica exposición de la Exco que llega, como nos dice Fernández Alba en el prólogo de su catálogo, con muchos años de retraso. La exposición es lo suficientemente cuantiosa como para que hayamos podido ver prácticamente toda la obra del genial creador. Pero, además, está montada con un gran sentido del rigor histórico. En ella se aprecia no solamente la curva evolutiva del maestro —obedeciendo siempre, desde sus comienzos, a una estricta continuidad— sino también los hitos comparativos de su entorno arquitectónico y las influencias que muchas de las soluciones parciales de Gaudí ejercieron en los grandes creadores de nuestro siglo. Antonio Gaudí nació en Reus en 1852 y murió en Barcelona en 1926.

JOSE MARIA MORENO GALVAN

PARALISIS de frío" se llama a la parálisis del nervio facial aun cuando en realidad no sea, en absoluto, seguro que el frío tenga siempre que ver, si bien en este tiempo los casos son más frecuentes; pero también en el verano se ve algún que otro automovilista atacado de esta enfermedad porque ha tenido expuesta su cara a una violenta corriente de aire que penetró en el coche por llevar el cristal bajado.

La parálisis facial aparece repentinamente: la mitad de la cara que ha sido afectada se pone lisa, como si los pliegues cutáneos se borrasen; el párpado inferior aparece distendido, el ojo lacrimosa, la comisura de los labios se desvía hacia el lado sano, por lo que resulta imposible silhar e hinchar la mejilla, es molesto hablar, es difícil pronunciar las letras labiales así como masticar y, con frecuencia, los sonidos intensos los percibe el oído con una sensación dolorosa.

Esta enfermedad tiene, en general, un carácter benigno así como una espontánea tendencia a la curación; pero la vuelta a la normalidad completa es siempre muy lenta. El nervio facial está comprimido por una especie de vaina líquida que se ha formado como reacción por haber percibido un choque de frío y esta compresión dificulta el funcionamiento del nervio; sin embargo, puede ocurrir que, en la parálisis, no tenga nada que ver el frío, sino que sea la consecuencia de una infección como las paperas o, en los niños, la poliomielitis, que en algunos casos puede limitarse, precisamente, a una parálisis del nervio facial.

Probablemente puede originar también esta enfermedad otras múltiples causas no identificables y, porque no pueden identificarse, la parálisis del músculo facial continúa siendo, por antonomasia, "la parálisis del frío" aun cuando este nombre no sea rigurosamente exacto.

Defender la cara contra las corrientes de aire frío será, por lo tanto, de cualquier modo, una precaución oportuna contra la posibilidad de una parálisis y, con mayor razón, naturalmente, será una medida indispensable si la parálisis ha aparecido ya y se quiere apresurar la curación. La parte más delicada es el ojo, que está mal protegido con el párpado inferior disensionado, por lo que será conveniente lavararlo con una solución de agua salada y utilizar un colirio con antibióticos para prevenir la infección. El tratamiento farmacológico consistirá en suministrar al paciente salicilatos, yoduros, antistaminicos, derivados de la cortisona y, después de los primeros días, vitaminas del grupo B en dosis fuertes. Posteriormente se recurrirá al procedimiento de aplicaciones eléctricas para desparar el nervio aletargado; no obstante, últimamente se ha expresado una cierta duda sobre la eficacia real de los estímulos eléctricos; es más, algunos opinan que, a veces, pueden ser más perjudiciales que útiles (los exámenes eléctricos tienen, más bien, un cierto interés desde el punto de vista de diagnóstico; es decir, para establecer el grado de alteración del nervio y de los músculos dependientes de él). Por otra parte se deja sentir un cierto escepticismo sobre todos los tratamientos en general, ya que la parálisis del nervio facial tiende a desaparecer espontáneamente y, por consiguiente, no es fácil darse cuenta de lo que el tratamiento haya podido influir en la curación.

A pesar de todo, el paciente puede estar tranquilo, ya que, como decimos, la parálisis del nervio facial tiene un carácter benigno y se cura. Cuando, en los casos rebeldes precisamente, después de dos meses, no se observen síntomas de mejoría, se podrá recurrir a una intervención quirúrgica para la descompensación del nervio: los resultados son inmejorables, la recuperación es rápida y la curación completa.

PROF. DI AICHELBURG

DEPORTES

la tradición intocable

UNA indiscreción del señor Kavan, vicepresidente de la FIFA, que vive en Irlanda del Norte, permitió a Roy Peskett, jefe de la rúbrica futbolística del diario londinense «Daily Mail», dar a conocer algunos de los proyectos de reforma de reglamento estudiados por el máximo organismo del balompié mundial.

Los proyectos en cuestión eran cinco, a saber: 1. Ampliar el área de penalty.—2. Extender la línea del área hasta las bandas y suprimir el fuera de juego en todo el campo exterior de la misma.—3. Ejecutar con los pies los fueras de banda.—4. Prohibición de pasar el balón retrasado al guardameta cuando el jugador se encuentre fuera del área de penalty.—5. Creación de una «prisión», como en el hockey sobre hielo, donde permanecerían los jugadores expulsados, momentáneamente, del terreno, por faltas leves.

Sin embargo, sir Stanley Rous, presidente de la FIFA, ha echado un jarro de agua fría sobre la posibilidad de que la modificación de las reglas pueda efectuarse en un próximo futuro. No hay nada de eso. Es posible, sin embargo, que la International Board someta a la consideración general la idea de disputar, a título de ensayo, algunos partidos utilizando determinadas renovaciones como las sugeridas, a fin de estudiar después las diversas reacciones.